

blos, una Nación elegida por el genio en medio de las Naciones y que, semejante a la santa familia de los Levitas, conserva a través de todas las edades el tesoro secular de sus ideas. Arca preciosa a la cual no se debería poder tocar sin morir.

Lamennais.

No es culpable por buscar la verdad, sino por afirmarla antes de haberla encontrado.

8 de Noviembre.—La reserva y la dignidad de carácter sirven para engrandecer a un hombre, y cuando estas condiciones son iluminadas por un poco de talento proporcionan una posición bastante elevada.

El embajador de Baviera ha venido a rogarme que recomiende a su príncipe, que está amenazado de ser enviado a Rusia, lo cual le causa cierto desagrado.

He añadido a mi última carta una *postscriptum* en su favor.

1840

He observado con frecuencia que tenemos en nosotros mismos el carácter propio de una de las edades determinadas de la vida, y lo conservamos siempre. Un hombre como Voltaire parece haber sido siempre viejo; otro, como Alcibíades, siempre niño.

Tal vez por esto, también, algunos escritores entusiasman a los hombres que tienen la misma edad en la cual ellos parecen haberse detenido.

Acerca de «Cinna»

Rachel tiene desdén e ironía; pero su talento carece de amor.

El talento de Talma sólo era amor, de pies a cabeza, y este amor se manifestaba en todo, incluso en la cólera. Su voz era potente como la de la tempestad, pero afectuosa, también como ella, pues nunca oí la voz de las nubes sin pensar que los pueblos niños deben de confundirla con la de Dios. Tiene no sé qué de afectuoso en medio de sus rugidos que la hace semejante a la voz de un padre todopoderoso que gime castigado y llora por nuestras faltas.

Luis XIV.

El rey y la nobleza eran dos antiguos amantes que se habían malquistado. Volvían a unirse algunas veces, pero no podían ya recuperarse, y tuvieron que permanecer separados por la intrigante burguesía.

¡Mi nobleza!

Que sea mi amiga, y no mi querida...

De las cartas familiares.

Una carta retrata a la persona a quien se escribe tan bien como a la persona que escribe, porque, a pesar nuestro, modificamos el estilo según el carácter de aquélla y según lo que espera de nosotros.

La cuestión religiosa.

Cuanto más vigoroso es el espíritu, más se pierde en las catacumbas de la incertidumbre humana. Pascal se perdió por haber ido más adelante que los demás.

Toda religión sólo ha sido creída a medias, y ha tenido sus ateos y sus escépticos; pero los sabios han ocultado sus dudas en su corazón y han respetado la fábula social recibida generalmente y adoptada por la mayoría.

Una frase.

Los irlandeses tienen fama de ser muy espirituales. Uno de ellos, en Roma, cayó de rodillas ante una estatua de Júpiter, y exclamó:

—¡Oh, Júpiter! Si logras de nuevo el Poder, acuérdate de que te he sido fiel en la adversidad.

Bonaparte.

El cuerpo de Napoleón emperador va a ser transportado a los Inválidos.

La Providencia colocó sus cenizas sobre una roca, como Prometeo, bajo un sauce, como J. J. Rousseau, teniendo por reja, en su monumento, el Océano Atlántico. Al abrigo de los tumultos y de las iras políticas, sobre un volcán apagado, como las revoluciones de donde él había salido.

21 de Julio, a las doce de la noche.—El tedio obliga al hombre a hablar francamente, del mismo modo que la lanza del *Rafael*, de Milton, tocó al sapo, e hizo que apareciera Satán, a pesar suyo, con su forma real.

Figaro dijo la verdad tan pronto como Susana le hirió en el corazón, y dejó de ser un arlequín.

Buena acción de Lamartine.

12 de Mayo.—El socorro que he pedido al Gobierno para Lassailly es inútil y poco considerable para sustentarlo por diez días.

Lamartine lo supo por mí. No vaciló, y durante la sesión en la Cámara de los Diputados hizo una colecta, que ascendió a 455 francos, y que yo le entregué a la hermana del pobre enfermo.

Lo que yo le había dado bastaba ya para pagar sus deudas, aunque no para vivir.

Lassailly.

Un nuevo ejemplo desolador de los suplicios producidos por un trabajo excesivo a una constitución débil.

El gusto, en extremo delicado, respecto de las Letras, desarrollado desmesuradamente en este joven, y las frecuentes relaciones sostenidas con las más elevadas inteligencias le han producido un violento deseo de alcanzar la mayor superioridad intelectual.

La sobreexcitación del cerebro proviene de este deseo, junto con la necesidad de ganarse la vida, y sólo cuando estaba enfermo—dice su hermana—se manifestaba el talento de ejecución en él, si bien se manifestaba desordenado y obscuro, y únicamente centelleante con tardíos relámpagos.

Acaba de recaer, y una alta fiebre le tiene abatido.

Está en casa del doctor Blanche, el más altruista y el más generoso de los médicos, y éste duda que el enfermo recobre la salud, y aun la razón.

Su hermana ha observado que en perfecto estado de salud Lassailly no podía trabajar. La enfermedad era la lámpara que iluminaba su cerebro.

Sobre mí mismo.

La partida de ajedrez que he estado jugando contra el Destino durante toda mi vida la he ganado siempre, hasta ahora. Le arrebaté por dos veces a mi madre que, al fin, hubo de morir; la recuperé y la conservé durante cinco años más, hasta que las fuerzas vitales se extinguieron en ella totalmente. Teniendo un suegro por tres veces millonario, he vivido honradamente durante trece años, sin pedirle nunca nada y sin crearme deudas. En todos mis asuntos de fortuna he aceptado mis derechos, sin quejarme; he sufrido en silencio; he trabajado sin degradar mis ideas, y sólo he hecho obras de arte. He logrado demostrar que se puede ser únicamente

poeta u hombre de letras e igualarse con todo lo más elevado de la sociedad sin poseer una fortuna considerable y ni siquiera corriente.

Hoy la fortuna tiene los dados en sus manos; los agita en las Indias y los deja caer en Londres. No hay ya prudencia humana que pueda hacer lo que yo no he hecho. Mi deber es el de esperar en la inmovilidad. He expuesto en Londres las bases del asunto; la justicia decidirá.

De Racine.

Racine ha hecho un teatro completamente épico. Hacen falta semidioses para representar a Homero, e igualmente para representar a los personajes inspirados en él.

He visto a Talma en *Aquiles*, y era demasiado pesado, desprovisto de elegancia divina. Necesitaba poseer un talle más flexible, y la celeste desnudez de los hijos de los dioses, del *Aquiles* de Flaxman y del *Rómulo* encorvado de David, que dispara sus venablos con una sonrisa desdeñosa.

Los antiguos, que sentían todo esto, aumentaban la estatura del actor con el contorno, reforzaban su voz por medio de la carátula, y Sópeles, Esquilo y Eurípides no eran representados mas que una sola vez. Siempre cantados por los rapsodas, como Homero.

De la República en Francia.

César, Carlomagno y Luis XIV no bastarían para imponer el despotismo absoluto a Francia, dado el estado en que hoy se encuentra. En nuestra organización, completamente democrática y republicana, a partir de 1793 sólo conviene ya una forma, y ésta es una República con una aristocracia de inteligencia y de riqueza elegante. Con el tiempo, la habrá.

Los franceses se contentan fácilmente. Un poco de familiaridad en el trato les parece que es la igualdad.

De las obras de argumentación y de inspiración.

La debilidad de las obras de discusión, con cualquier motivo que sea, se debe a que se orientan hacia la lógica y a que, no teniendo base la razón humana y estando siempre en el aire, todos los grandes escritores han caído en espantosas contradicciones. Mas las obras de imaginación, que sólo hablan al corazón y al sentimiento, están dotadas de vida eterna y no precisan de una *síntesis* inmutable para vivir.

Aristóteles, Abélard, San Bernardo, Descartes, Leibnitz, Kant y todos los filósofos se derriban unos a otros; y caen unos encima de otros; pero Homero, Virgilio, Horacio, Shakespeare, Moliere, La Fontaine, Calderón y Lope de Vega se sostienen mutuamente

y viven en una eterna juventud plena de gracias renacientes y de una frescura constantemente renovada.

De Moliere.

Creo que Moliere sintió cierto deseo de poner indirectamente en ridículo la exageración del honor de los maridos españoles de Calderón en su comedia *El cornudo imaginario*. Como Calderón hacía que Don Gutierre, el médico de su honor, invocase el honor en todo instante, Sganarelle dijo:

Quando haya hecho el valiente y el hierro, por desgracia,
con un villano golpe me traspase la andorga,
y corra por el pueblo el rumor de mi muerte,
dime, ¿mi honor, entonces, se habrá hecho más grande?

Sobre Voltaire.

Voltaire poseía la doble y rara facultad de la meditación y la improvisación durante la conversación.

En general, los autores se apartan de la gente, cuyo contacto temen, porque tienen miedo de aparecer, en la conversación, inferiores a la idea que de ellos se obtiene leyendo sus escritos.

Esta *coquetería* bastante legítima, este horror a destruir su ideal es la causa principal de su rusticidad.

La segunda es el temor del contacto con la mediocidad familiar e indiscreta.

Poema por hacer.—El año de paz de 1699.

Fué el único año en que ninguna guerra conmovió al mundo.

1841

El juramento político.

Cuestión por tratar. De la impiedad del juramento político. De la necesidad de abolirlo en los Estados democráticos en que el hombre puede ver cinco dinastías durante su vida. El juramento deshonra o engaña. En ambos casos, la nación se encuentra privada de una luz.

Para las consultas del Doctor Negro.

Poner muy alta la idea filosófica, idea a la cual la Historia llega a exponer sus pruebas, depositándolas a sus pies.

Armando Carrel.

29 de Junio.—He sabido, por una conversación sostenida con varios amigos, que Armando Carrel dijo un día, hablando de mí:

—He aquí un alma hermosa; hay que darla a conocer.

A raíz de esta frase de un hombre a quien no conocía, apareció el gran artículo de *El Nacional*, acerca de mi vida y mis obras. Era del señor Rolle,

hombre de un talento muy singular y de los más apreciados.

Un poema por hacer.

Tú, ¡oh, madre joven y bella!, que me dijiste, estrechándome la mano:

—A ése no le amamantaría yo...

Piensa en lo que significarían para él los hombres que te sobrevivieran, debiendo vivir a su alrededor y juzgarle... El alma de un poeta es una madre también, y debe amar su obra por su belleza, por la voluptuosidad de su concepción y por el recuerdo de esta voluptuosidad; y, pensando en el porvenir, debe exclamar:

—¡Lo hice para ti, Posteridad!

1842

La «Medea» de Corneille.

Hasta ahora, el público francés ha hecho *prodigios de respeto*. Escuchar la tragedia clásica con sus frías abstracciones, tal y como se le ha venido sirviendo hasta el presente; resignarse a oír versos que siempre son falsos a causa de los ripios—lo cual obliga al espíritu a excluir diez de cada veinte—, es prodigioso. Es sorprendente que el público no se harte.

La tragedia francesa ha sido casi siempre *la con-*

secuencia de un discurso a propósito de una situación determinada.

De la muerte del duque de Orleáns.

Hacia 1825, asistía yo a una conversación entre algunos hombres que se creían graves, y uno de ellos decía:

—Lo triste será la sucesión de los tres reinados de viejos, antes de Enrique V... Habrá que ver todo el reinado de Luis XVIII, de Carlos X y del Delfín...

—¡Oh, Dios mío!—interrumpí yo—. Estén ustedes tranquilos; antes de diez años, ocurrirá algo.

Y les recordé a La Fontaine: «El rey, el asno o yo nos moriremos.»

Obligué a hacer un gesto plebeyo a los hombres de Estado que me hablaban, amigos del señor de Villèle, y me tacharon de *liberal* y *filósofo*.

Hoy, lo mismo. En las Tullerías se toman el trabajo de pensar en una regencia para el conde de París, y constituir una *rama antigua* y una *rama moderna*. ¡Oh, Dios...! ¿Qué le importan esas ramas y esos ramajes a la más democrática de las naciones...?

La verdadera esperanza de Francia, como le dije tranquilamente a Luis Felipe en 1830, es la indiferencia en materia de gobierno. Poco nos importa la *Compañía* que haga su presentación en *el teatro del poder*...

Nuestras necesidades políticas serán unas u otras...

Nuestras pasiones son: el orgullo nacional, el amor a la gloria, etc., etc.

Satisfagámoslas. Cuando el Gobierno se equivoque, bajemos el telón.

La fortuna trató mejor a la rama antigua, en el lecho de muerte, que a la rama de Orleáns.

El duque de Berry, diciendo, al ser apuñalado: *¡Gracia para el hombre!*, es grande, en la memoria de los hombres.

Si el joven duque de Orleáns pudo reflexionar en su agonía, debió lamentar una bala de Constantine y el cañonazo del general Damrémont.

Esta muerte llamó a la casa de Orleáns tan profundamente como la muerte del duque de Berry llamó a la de los Borbones.

Los partidos comienzan ya a hacer profecías *fatídicas* y pueriles acerca de las fechas, circunstancias, presentimientos, etc., etc. — Ingenuidad acostumbrada.

«Cupido», poema.

Miguel Ángel, abrumado por la crítica y harto de oír el elogio de los antiguos, hizo un *Cupido*, lo enterró y procuró que apareciera en una excavación.

Se congregaron los sabios.

Descripción del *Amor griego* de Miguel Ángel... Y éste exclamó: «¡Es mío! Todavía conservo la arcilla en mi taller...»

El espíritu del trabajo se encuentra a menudo incompleto en nosotros, y es lástima que todo el mundo tenga la facultad de trabajar, producir, escribir con relativa facilidad. De ahí que existan tantas obras medioces.

El que comprenda que no se puede trasladar por completo a su obra debe ausentarse y caminar procurando no quedar reproducido a medias.

La idea.

Cuando una idea nueva, justa, poética ha caído no sé de dónde en mi alma, nada puede arrancármela. Germina como el grano en una tierra labrada sin cesar por la imaginación. En vano hablo, trabajo, escribo y aun pienso en otra cosa; la siento brotar en mí, su espiga madura y crece, y bien pronto necesito segar el trigo, procurando amasar un pan saludable.

Crítica literaria.

Toda la Prensa acaba de celebrar *Lucrecia* por sus cualidades clásicas, siendo así que su éxito se debe precisamente a sus cualidades románticas. Detalles de la vida íntima y sencillez del lenguaje, procedentes de Shakespeare en Coriolano y Julio César.

De la educación universitaria.

Nada más estúpido que la rutina de las clases del latín y del griego. Las obras antiguas son excelentes para formar el estilo.

Ahora bien; ante todo, ¿quiénes *necesitan* un estilo...? Aquellos que hayan de ser profesores, preceptores o, por ventura, grandes escritores elocuentes, o, por mayor ventura aún, poetas.

Pero la mayoría de los individuos necesita una educación *profesional y especial*.

De los órganos.

La inteligencia se sirve de órganos malos—he dicho en el poema de *La Flauta*.

Malebranche fué idiota hasta la edad de diez y siete años.

A consecuencia de una caída, se hirió en la cabeza; le hicieron la trepanación y se convirtió en un hombre de genio. Descartes, una vez trepanado, tal vez hubiera quedado idiota...

Un alumno de la Escuela politécnica atacado de sonambulismo resolvió en sueños un problema que había intentado en vano resolver estando completamente despierto, lo cual demuestra que el alma es independiente de los órganos y obra y percibe sin ellos,

De la publicidad.

¡Vil publicidad! No eres mas que una picota donde las pasiones profanas se congregan para abofetearnos—he dicho en *Chatterton*.

Los autores se ocupan de ella demasiado. El uno corre tras los artículos de los periódicos; el otro, tras las opiniones de salón, que procura formar. ¡Trabajo perdido!

Un hombre que se respete a sí mismo sólo tiene una cosa que hacer: publicar, no ver a nadie y olvidar su libro.

Un libro es una botella que se arroja al mar, y a la cual debe adherirse esta etiqueta:

¡Recójala el que pueda!

Cuando, por la noche, volvemos de frecuentar los salones de la alta sociedad, nos asombramos de haber cambiado nuestro carácter y de haber renegado por diez veces de nosotros mismos. Hemos aparentado frivolidad, teniendo la cabeza repleta de ideas.

La sociedad.

Dos enemigos en presencia, un mueble nuevo, una discusión de política, un nuevo Parsis recién llegado de las Indias, un pianista prodigio de doce años de edad, un embajador, un gato: todo le sirve a una ama de casa para conseguir que *hierva su soirée* como una tetera.

Dicen que se ven mejor los asuntos públicos desde la cima de una gran fortuna, y esto es una absurdidad; desde donde se ven mejor es desde lo alto de la frente. ¿Quién los vió mejor que J. J. Rousseau desde el fondo de su cueva?

Cuando se aplica la regla del buen sentido y de la razón a las historias populares, se extraña uno al considerar todo lo que se somete a su revisión severa y la cantidad de hechos acreditados que se derrumban.

En el caso de Caín y Abel es evidente que Dios fué el primero en equivocarse, pues rechazó la ofrenda del laborioso labrador por aceptar las del pastor desocupado. Justamente indignado, el primogénito se vengó.

Una cosa curiosa de nuestra época es la soberbia de las desmesuradas pretensiones literarias. El uno titula su libro *La Divina Epopeya*; el otro, *La Comedia humana*...

Nepomuceno Lemercier.

Un admirable epitafio que pretendió poner sobre su tumba debe estar presente siempre en la imaginación de todo autor. Decía así:

«Fué hombre de bien y cultivó las letras.»

Sólo debe desearse la popularidad en la posteridad, y no en el tiempo presente.

Dos movimientos de espíritu.

No se puede mirar demasiado a los hombres y observarlos atentamente.

Hace algunos días, una mujer de talento me proporcionó la ocasión de ver con cuánta rapidez los movimientos del interés personal llegan a destruir la razón buena y sencilla.

Yo le hablaba de la señora Roland.

—Me agrada—decía—ese carácter romano en nuestro tiempo. Su muerte es un poco efectista y teatral. Es cierto que pasa con algo de afectación...

Ella me interrumpió:

—¡Oh...! A fe mía que es bastante hermoso tener fuerzas para pensar, durante ese momento, en adoptar una actitud gallarda...

Tenía razón; pero de pronto se acordó de que ella era duquesa, y el prejuicio le obligó a añadir:

—Después de todo, ¿qué...? Una burguesita como la señora Roland bien podía permitirse el dar énfasis a su muerte. La sencillez era una condición propia de las grandes damas...

1843

Creencia o religión.

Cuando hombres como Descartes y Spinoza ocul-
taron la cabeza entre sus manos debía ser porque pensaban sinceramente;

1.º En cómo había sobrevenido la creación.

2.º En cuáles serían las causas y el fin de la creación, según el cálculo más probable y más verosímil.

Buscaban una creencia.

Cuando hombres como San Agustín, Bossuet y Fenelón piensan en las cosas religiosas los encuentro mucho más humanos y más superficiales; consideran el Universo como si hubiera sido construído para una cierta insignificante colonia, y a Dios como dispuesto a descender a un insignificante planeta privilegiado para proporcionarle una legislación particular.

Buscan una religión.

Cuando se profundiza en estas cosas, la cuestión queda reducida a saber si debemos colocarnos en el punto de vista general de la inmensidad donde navega el Universo y esforzarnos en obtener una especie de perspectiva, tomada desde un planeta como Saturno o Júpiter, o bien si debemos colocarnos en medio del espacio humano que contiene la tierra, y desde aquí considerar la religión según la utilidad que pueda reportar, como punto de apoyo de la moral.

El primer punto de vista es visiblemente el más grande, el más *divino*, puesto que sólo es inspirado por un amor sagrado a la verdad, que transporta el alma hacia el Creador, como centro de la creación.

El segundo punto de vista es el mejor para el perfeccionamiento de la sociedad humana, indiscutible-

mente; y desde este punto de vista el cristianismo es hasta ahora el sistema cuya verdad se hace más deseable que la de todos los demás sistemas; pero se ve cuán reducida y miserable resulta la investigación de este interés con relación a la investigación de la verdad.

Si los hombres se sintiesen con fuerzas para prepararse a reflexionar en las cosas divinas, por un primer acto de renunciación a sus intereses, en el porvenir de su existencia, dentro de la eternidad, y en los debates acerca de su condición futura, serían dignos de colocarse en el primer punto de vista y buscar sinceramente una *creencia*.

Porque esta perspectiva inmensa de la creación sobrepasa los insignificantes intereses del hormiguero humano, y debe ser inútil para su *policia correccional*, puesto que el bien y el mal se pierden y desaparecen por completo como dos briznas de paja.

Mas como quiera que los hombres sólo se ocupan de ellos mismos, y los más fuertes únicamente piensan en dominar a los otros, formando Códigos en nombre de las divinidades, a quienes hacen descender ora al lado del hombre, ora en el hombre mismo...

De la eternidad.

Tengo en demasiada estima a Dios para temer al diablo.

«Un Dios», poema dramático.

Es el caso que el hombre es más grande que la Divinidad, en el sentido de que puede sacrificar su vida por un principio, en tanto que la Divinidad no puede hacerlo.

Para decir esto en un teatro sería preciso llevar la escena al paganismo, para que el hombre le dijese a un dios esta terrible verdad.

Titulemos la obra *Un Dios de Homero*.

Una joven amada por él le rechaza: ama a un hombre que puede morir por ella y con ella.

2 de Julio, a las doce y media de la noche.—El corazón no es mas que un trozo de carne azulado que impresionan vivamente los movimientos de reflujo impresos a la sangre por las ideas del cerebro; pero lo considero impotente para crear sentimientos, como se supone.

No creo que el alma emplee realmente otro instrumento que no sea el cerebro. En la memoria conserva, como en el espejo de ese mal alojamiento, la forma de la persona amada; luego, en el entendimiento, encuentra las razones que le obligan a quererla; después, en la imaginación, los colores que la hacen radiante y la iluminan por completo. Todo este examen del despertar hace, sin duda, arremolinarse la sangre y la obliga a afluir al corazón, como en un golfo donde convergen todas las venas

de los ríos; pero el corazón no es mas que el eco del canto que resuena arriba, bajo las divinas bóvedas de la cabeza.

«La Compuerta», poema.

El hombre aprecia la inercia de Dios al rehusarle el conocimiento de la palabra, del enigma de la creación, y defenderla con la cólera desconocida desde lo alto, cólera que siente cernerse sobre su cabeza. A su lado, una multitud mala y ciega le oprime, le tropieza, le lastima sin cesar...

¿Quién detendrá esa roca y los golpes que amenazan su pie y su frente?

Su fuerza misma, su peso, su inmovilidad. El que sólo conceda un poco de importancia al sér vulgar; el que ame la soledad, el silencio, la fortuna moderada, la protección oculta, la intimidad afectuosa.

El que sepa cortar los caminos insensatos a su imaginación y, ante el paso de la multitud, con su enérgica voluntad, deje caer *la compuerta*.

De la patria.

La patria casi no existía antes de Luis XIII. Los grandes señores, unidos a mujeres extranjeras y poseedores de grandes feudos en España, Alemania e Inglaterra, a la vez que en Francia, no poseían un corazón más español que francés, y traicionaban voluntariamente los intereses de un país para servir los de otro.

El poder creciente de la clase media y la unidad prestada a la nación por la Monarquía devolvieron a las naciones el sentimiento de la *ciudadanía*. La *nobleza de provincia* había conservado este sentimiento exquisito: el gentilhombre (*gentis homo*), el hombre de la nación, era el verdadero ciudadano.

De la novela.

La novela de análisis nació de la confesión. El Cristianismo dió la idea de ella, por la costumbre de la confidencia.

De los sacerdotes.

Los sacerdotes tienen de excelente que, cualquiera que sea la comprensión—mediocre o elevada—de su espíritu, este espíritu vive, al menos, en las más altas regiones del pensamiento y no se ocupa mas que de las cuestiones superiores.

Jesucristo vivió, de los doce a los treinta años, una vida ignorada: lo que el clero llama una *vida oculta*. Podría hacerse una gran obra ideal a propósito de esta vida. Sería preciso procurar darse cuenta de lo que pudo pensar y sentir el Hombre-Dios, viendo crecer en él la Divinidad.

11 de Octubre, miércoles.—Cuando recibimos, pasamos la mañana envolviendo en la cuerda nuestras

ideas, como si fueran peones, para hacerlas dar vueltas y ponerlas en condiciones de que caigan y dejen de rodar. Este oficio obligaría a quejarse a las amas de casa, y produce consideración hacia las que pasan así todos los días de su vida.

El elixir.

Es un elixir que se llama *poesía*. Aquellos que guarden en su vida privada una sola gota de este licor divino, sienten más devoción por su país, más amor hacia su compañera y más grandeza en su vida. Los que llevan dos gotas en sus venas son los dueños del mundo político o sobresalen en la elocuencia y en los escritos de la gran prosa; pero los que han mezclado el frasco entero con el licor de la vida, esos son los reyes del pensamiento en el reinado de la palabra.

De la fe.

Se habla de la fe. ¿Qué es, después de todo, esta cosa tan rara...? Una esperanza ferviente... La he sondeado en todos los sacerdotes que decían poseerla, y no he encontrado mas que eso... Nunca la certidumbre.

Veinte veces durante cada hora, me pregunto:

—¿Están contentos los seres a quienes amo...?

Pienso en esto, en lo que me agrada, en una persona que llora...

Veinte veces durante cada hora *doy la vuelta a mi corazón.*

1844

De las Asambleas.

Las Asambleas sienten las pasiones de la galería del teatro. Son mojigatas en ciertos casos, y se consideran insultadas a cada momento. Es preciso adoptar precauciones oratorias al dirigirse a ellas, y prepararlas para las verdades que podrían decirse de pronto a cada uno de sus miembros.

Poema.

Los animales cobardes van formando rebaños.

El león camina solo por el desierto.

Así camina siempre el poeta.

De los ingleses.

Los esfuerzos sobrenaturales que harían los franceses para dar algún calor, algún movimiento a las conversaciones entre ellos, franceses, y los ingleses e inglesas se perderían siempre. Lo que le falta por completo a la raza inglesa es precisamente lo que constituye el fondo de nuestro carácter: la alegría en la imaginación, y el movimiento en el sentimiento. Esto se encuentra por todas partes en Francia: entre el pueblo y en la alta sociedad; con talento y cultura o con necedad e ignorancia, la llama se encuentra